

Los pequeños y el mayor
León Trotsky
30 de septiembre de 1924

(Tomado de *Lenin (Recuerdos de Lenin)*, en nuestra serie *Obras Escogidas de León Trotsky en español (OELT-EIS)* (Libros, folletos, panfletos, recopilaciones y otros materiales), páginas 80-87 del formato pdf.)

*¡Vladimir Ilich Lenin
fue, en Rusia, único!*
(Poesía infantil.)

Acaba de aparecer un librito de una calidad muy especial, y verdaderamente deliciosa, en el que se han reunido escritos de niños, dedicados a la vida y la muerte de Ilich. Niños de entre nueve y catorce años (¡incluso hay una niña de cinco años!) nos hablan del gran mayor, del gran hombre.

Por supuesto, muchas de estas pequeñas obras no hacen más que reproducir lo que han contado los adultos... Pero ocurre que, en un texto, por así decirlo, estereotipado, aparece de repente un hilo de fresca inspiración, que frases muy familiares cobran vida de pronto gracias a esa fuente, como si las rociara con agua viva. Y también se encuentra la creación espontánea, infantil, inimitable en su colorido. Los versos, de acuerdo con la regla general, son menos fáciles que la prosa. La prosodia impone una restricción demasiado grande y su ley entorpece el movimiento directo de la expresión. Pero incluso en los versos se descubren rasgos sorprendentes.

“No hay rincón [escribe uno] donde no se conozca al padre del proletariado, el fuerte, el audaz, el valiente, el ingenioso, el inteligente Lenin”.

Esta lista de las mejores cualidades, encadenadas unas tras otras, expresa en toda su plenitud la idea que los niños se hacen de Ilich: tiene todo lo necesario para ser perfecto.

“Cuando estaba en la cárcel con sus compañeros, siempre cantaba: *¡Marchemos al paso, camaradas!*”.

Este detalle está bien elegido para convencernos: en la cárcel no está permitido dejarse llevar por el desánimo ni abandonar a los demás, y el “valiente e ingenioso” Ilich se pone a cantar: *¡Marchemos al paso, camaradas!* Los demás también cantan y él, naturalmente, dirige el coro: ¿no nació acaso para ser director de orquesta?

“En su día, cuando aún vivía [escribe el mismo niño], estaba seguro de que, si la revolución alemana no triunfaba y los países burgueses marchaban contra Rusia, Ilich, aunque estuviera enfermo, se levantaría de la cama y lucharía hasta la última gota de su sangre. Así es como, pensaba yo, Ilich se sacrificaría a sí mismo”.

Fíjense cómo las ideas políticas procedentes de los periódicos (el aplastamiento de la revolución alemana, la campaña contra la Rusia soviética) se combinan aquí con el elemento *personal*, de una sencillez persuasiva, con esa imagen infantil que nadie ha alterado: Ilich, anciano y enfermo, en el momento en que la revolución atraviesa dificultades, se levanta de la cama y “lucha hasta la última gota de su sangre”. ¡Solo la muerte pudo impedirle “sacrificarse” en la última barricada! Y el autor concluye así: “No hay que tener miedo, ahora que ya no tenemos a Ilich”.

¡Cuando este muchacho crezca, todavía habrá un lugar para él en las barricadas de Ilich!...

Y aquí está la biografía. El relato es completo: se nos habla de la familia de Lenin, de su padre, de su hermano Alexandre (fusilado, según nos dicen) y de su hermana María Ilinichna “que ahora es *redactora* del periódico *Pravda*”.

Deportado a Siberia, Ilich “amaba los juegos deportivos y a menudo competía con otros en patines o de cualquier otra forma, y cuando corría, ponía todas sus fuerzas en superar a los demás y no quedar derrotado”.

Ya ven que esto no se parece en nada a lo que con demasiada frecuencia se nos intenta mostrar de Lenin: no es el buen santo taciturno que, apenas llega a algún sitio, busca si no habrá para él alguna habitación bien oscura y bien húmeda donde encerrarse. ¡Pobre imaginación de meapilas! No, el Lenin de los niños, que es también el verdadero Lenin, ama correr, y se lanza a ello con todas sus fuerzas; no quiere que lo alcancen, no quiere ser derrotado.

No puedo evitar mencionar aquí un recuerdo. Ilich y yo habíamos “decretado” que los comisarios que llegaran más de diez minutos tarde a su puesto pagarían una multa.

Un día, en el Kremlin, nada más salir de una sesión, teníamos que correr a otra que se celebraba al otro extremo del patio, y ya se sabe que es una explanada inmensa.

Tras la primera reunión, Ilich consideró oportuno pasar un momento por su casa. Le dije por teléfono:

-Tenga cuidado, Vladimir Ilich, corre el riesgo de ser sancionado en virtud de nuestro propio decreto: ¡solo nos quedan dos o tres minutos!

-No pasa nada, todo va bien -respondió Ilich con una risita cuyo significado no comprendí hasta un poco más tarde.

Mientras bajaba tranquilamente las escaleras y cruzaba el patio, me daba la vuelta de vez en cuando, preguntándome si Ilich me seguiría. De repente, en el otro extremo de la explanada, a cien pasos de mí, pasa, o más bien salta, una figura humana cuyo aspecto me resulta familiar: esa figura desaparece enseguida tras la esquina del Cuerpo de Caballería.

¿Era él? ¡No puede ser! ¡Es una ilusión!

Dos minutos más tarde, llegué a la sala de reuniones. El primero a quien veo es Ilich. Aún un poco sin aliento, me recibe con una exclamación jovial:

-¡Ja! ¡Ja! ¡Es usted quien llega un minuto tarde!

Y estalla en una carcajada triunfante.

-Lo admito -dije a los camaradas-, ¡es una sorpresa!... Me había parecido ver a un hombre que se parecía a Vladimir Ilich y que corría a toda velocidad hacia el Cuerpo de Caballería, pero no podía imaginar que el Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, a la vista de todos, pasaría como una exhalación por la explanada del Kremlin.

Ilich reía de todo corazón. Ilich cantaba la victoria. Exactamente el hombre del que nos habla la biografía infantil, el hombre que pone todas sus fuerzas en no dejarse adelantar...

Pero volvamos a la historia de este hombre.

Tras la deportación, la emigración; tras la emigración, la revolución; luego tuvo que esconderse para no ser capturado por Kerensky. Los niños no olvidan ningún detalle.

“Incluso en su escondite, desde la cabaña en la que se encontraba, Lenin dirigía y enviaba cartas sobre la revolución. Y cuando se reunía el Sóviet de Diputados Populares, *lo dirigía desde el fondo de su cabaña*, como si hubiera presidido la asamblea”.

¿Se podría decir mejor? Lenin permanece agazapado en su escondite, pero desde allí, como un presidente, ¡dirige el sóviet! Sin embargo, así es como sucedieron las cosas.

Sin embargo, esta forma de gobernar una asamblea presentaba ciertos inconvenientes, debido al clima.

“Llegaron las lluvias [dice el autor], y hacía frío en la cabaña”.

Así pues, hubo que cambiar de táctica e inventar otro método para dirigir la revolución. Ilich, naturalmente, lo inventó. ¿Acaso no sabíamos que era “fuerte, audaz, valiente, ingenioso, inteligente”?

Se instaló por un tiempo en Finlandia. Luego, esto es lo que sucedió:

“El camarada Lenin no tuvo paciencia para esperar más. Regresó a Petrogrado y allí organizó la insurrección de octubre. El poder pasó a manos de los obreros y los campesinos”.

Todo eso es cierto, al igual que es cierto que Lenin no tuvo paciencia para esperar más.

Uno de los autores menores nos describe su encuentro con Ilich.

El niño había ido con su padre al Kremlin y estaban pasando por la explanada.

¡De repente aparece Ilich!

Este saludó al padre y le tendió la mano al niño.

“Me sentí tan desconcertado que se me cayó la lonchera. No habíamos tenido tiempo de recogerla cuando Vladimir Ilich ya se había agachado, la había cogido y me estrechaba la mano que le tendía para recuperarla. A continuación, me puso la mano en la cabeza y le preguntó a mi padre:

“-¿Es este o el mayor el que es bolchevique?”

“-Este. El mayor está en la guardia blanca; lucha contra los granujas del camarada Trotsky; además, es muy vago para estudiar...”

“-¡Vamos, eso no es nada! Llegará el momento en que su hijo mayor también se haga bolchevique -dijo Vladimir Ilich.

“Hablaban rápido y sonreía todo el tiempo”.

El diálogo se reproduce con notable exactitud; se reconocen las palabras, la forma de hablar, los gestos de Ilich, “hablando rápido y sonriendo todo el tiempo”. Estas anotaciones son acertadas porque la atención era ávida y la memoria aún fresca. Escuchar a Ilich era tan interesante como ver por primera vez un incendio grandioso o una cascada.

Otro chaval vio a Ilich en la Plaza Roja cuando les decía en voz alta a los obreros que debían unirse para formar una sola familia.

“Estaba sentado en el coche junto al conductor y miraba a Ilich. *Me gustó*”.

El autor no se molesta en dar razones: para él, está bastante claro que el mundo se divide en gente que gusta y gente que no gusta. Ilich es de esos de los que se dice: “Me gustó”. Y punto.

Otro de esos jóvenes escritores narra a su vez cómo vio a Lenin. Este chico tuvo menos suerte. Había mucha gente en la plaza y todos gritaban: “¡Ilich!”.

“Me hubiera gustado subirme a algo. Pero no había nada para eso. Me empujaban. Incluso me puse a llorar, porque tenía muchas ganas de ver a Lenin. Al final, me agarré a un obrero, metí un pie en su bolsillo y me subí a sus hombros como si fuera un caballo. Pensaba que me iba a tirar al suelo enseguida y darme una bofetada. Pero, en lugar de eso, el obrero me llamó “granuja” y me dijo que me agarrara bien fuerte a su cuello. Me encontré dos cabezas por encima de todo el mundo, y vi a Ilich”.

Eso es todo. Hay que reconocer que esta forma de ver a Lenin no está al alcance de todo el mundo. Sin duda, intimidaría mucho la sola idea de subirse metiendo el pie en el bolsillo del vecino. ¡Pero al joven Alejandro de Macedonia, del barrio de Pressnia, no le preocupa un detalle así! Se sube a su puesto de observador, a riesgo de recibir una bofetada. Afortunadamente, el vecino es un buen hombre que lo llama “granuja” y lo mantiene sobre sus hombros. Todo va bien, y eso nos permite tener un testimonio infantil extraordinario sobre Lenin como orador.

Leed esto:

“Se había subido a la tribuna. Llevaba un traje oscuro, de color negro, creo, una camisa con el cuello vuelto y una corbata, y en la cabeza una gorra. Sacó de su bolsillo un pañuelo blanco y se secó la frente y la cabeza calva. No recuerdo lo que decía Ilich. Prestaba especial atención a cómo hablaba. *De vez en cuando, se inclinaba mucho hacia delante en la tribuna, extendía los brazos hacia adelante, sin soltar el pañuelo y secándose a*

menudo la frente. Sonreía a menudo. Observaba todo su rostro, su nariz, sus labios, su pequeña perilla. A Lenin le interrumpían a menudo los aplausos y los gritos; en esos momentos, yo también gritaba”.

¡Cómo no gritar en esos momentos! ¡Pero qué maravillosa precisión en la descripción! Ilich se seca la frente y la cabeza calva con un pañuelo blanco; a veces, se inclina muy bajo en la tribuna, extiende los brazos hacia delante y se seca de nuevo. ¡Ahí está el Lenin vivo! Lo que dijo, nuestro autor no lo recuerda. Pero eso no importa: ¿acaso no se transcribieron los discursos? En cambio, la viva figura de Lenin queda grabada para siempre en la ávida memoria de un hombrecillo que se encontraba sentado a lomos de su vecino. “Observaba todo su rostro, su nariz, sus labios, su pequeña perilla...” Y es un recuerdo para toda la vida. Cuando aquel niño regresaba a casa, debía repetirse sin cesar aquella palabra: Lenin, Lenin, Lenin. Llevaba la pesada y maravillosa carga de sus impresiones. Se detenía ante todos los retratos de Lenin que se exhibían en los escaparates... Y Lenin murió sin saber que, a veces, para verlo, había que meter el pie en el bolsillo del vecino. ¡Qué carcajada estruendosa habría soltado si hubiera conocido esa solución, dada según el verdadero espíritu “bolchevique”, a un difícil problema de táctica!...

He aquí otro pequeño detalle de la biografía del líder. “A Lenin le gustaba pescar. En un día caluroso, cogía su caña y se sentaba a la orilla del agua, y *pensaba todo el tiempo en cómo se podría mejorar la vida de los obreros y los campesinos*”.

¿No es una imagen extraordinaria? El hombre lanza el sedal y, mientras espera a que pique el pez (lo cual no ocurre tan a menudo), se sienta a la orilla, mira el agua y dedica todo su pensamiento a encontrar la manera de mejorar la existencia de los obreros y los campesinos. ¡Así era Lenin! Y por eso la pesca adquiere aquí un significado especial.

Vladimir Ilich Lenin

Fue, en Rusia, único...

Corría muy rápido, no le gustaba el zar ni los burgueses, pescaba y se dedicaba a pensar en cómo ayudar a los trabajadores, cantaba en la cárcel *¡Marchemos al paso, camaradas!*, dirigía la revolución desde el fondo de una cabaña, enseñaba con voz fuerte, exhortando a los obreros a unirse, y, mientras lo hacía, se secaba la frente con un pañuelo; lo sabía todo, podía todo, lo enseñaba todo. Pero ha muerto. El fuerte, el audaz, el padre del proletariado ha muerto. Y esa noticia extraordinaria, misteriosa y terrible que venía de arriba, de boca de los grandes, ha conmocionado al mundo de las almas pequeñas.

El 22 de enero, en una escuela, el maestro contó la muerte de Ilich:

“Y así, el maestro, muy emocionado, deteniéndose de vez en cuando, nos lo contó, y todos escuchábamos con atención, y al final, ya no pudimos contenernos, y unas lágrimas ardientes comenzaron a correr por mi mejilla. Los chicos ya no podían escuchar, todos lloraban. Entonces, todos nos pusimos de pie y cantamos la *Marcha Fúnebre*”.

Los niños y las niñas que, el 22 de enero de 1924, lloraron con lágrimas de dolor la muerte de Ilich y cantaron el himno fúnebre, se lo contarán a sus hijos y a sus nietos. Y la historia pasará de generación en generación.

La noticia de la muerte de Ilich llega a las familias obreras.

“Mi madre estaba sentada a la mesa y sostenía un cuchillo en la mano. Cuando oyó la noticia de la muerte de Ilich, el cuchillo se le cayó de las manos y se echó a llorar, *aunque no conocía a su gran líder*”.

Ese cuchillo que se le cae de las manos, ¡ese es el detalle acertado y significativo! Y qué bien habla la niña de su madre: *no conocía a su gran líder*.

Una niña pequeña volvió a casa después de la charla que se había dado sobre Ilich y “les contó a sus padres todo con detalle: que a Ilich no le gustaban las cosas de lujo, que le gustaban los niños pequeños y que le gustaba mucho trabajar”. Todo está en su sitio: el

trabajo al final, la cuestión del lujo al principio, los niños en medio. Un adulto probablemente lo habría organizado de otra manera. Solo tras este relato la madre creyó la noticia y “se alarmó mucho”. Y la pequeña narradora, junto con su hermana de las Juventudes Comunistas, se puso a coser corbatas de tela negra.

Un niño que pertenece a un “hogar infantil” cuenta cómo Oscar Andréévich (el autor conoce bien a este camarada, del que no hemos oído hablar) colocó banderas de luto en la pared de la casa, con motivo del 21 de enero.

“Una mujer gorda pasa por la calle y nos dice: “¡Vamos, apartaos! ¿Es que nunca habéis visto trapos colgados?”. Y yo dije *en voz baja*: “Es tonta, no entiende lo que es eso”.

Jean Huss también decía de una anciana ignorante: “¡Oh, santa simplicidad!” La forma era otra, la época diferente y quien hablaba era un hombre de edad avanzada; pero el espíritu era el mismo.

Al conocer la noticia de la muerte de Lenin, “ese día, al principio estábamos alegres, pero, cuando nos enteramos, nos entristecimos”.

Es breve, ¡y qué expresión!

Los niños van a ver al difunto:

“Ahí estaba el ataúd, una almohada roja, y él yacía allí, todo pálido. No dejaba de mirarlo”.

Al día siguiente, al despertarse, el pequeño “Jean Huss” sintió una necesidad imperiosa de ver el retrato de Lenin. Así lo cuenta él mismo: “Me desperté y *sentí una gran necesidad* de ver el retrato de Lenin”.

Enseguida se puso a dibujarlo y, para expresar sus profundos sentimientos, trazó en la frente de Ilich una pequeña estrella y las letras: SSSR y RSFSR. Así, todo el mundo verá de quién se trata.

“Nuestro querido gran líder [escribe una niña al difunto Lenin], pensaba que te curarías, pero ha llegado tu muerte inesperada. Lo lamento mucho y me entristece mucho no volver a verte”. Así termina esta carta tan breve que todo el mundo leerá, excepto el destinatario.

Un joven pionero canta esto:

Un eco resuena en las montañas:

“¡Ya no está Ilich!”

Pero como respuesta se oye:

“¡No te desanimes nunca!”

Sin duda no es una versificación muy brillante, ¡pero qué impresionante expresión de lo esencial! La muerte de Ilich ha sacudido incluso a las montañas, y el joven poeta percibe desde Moscú sus ecos. Sin embargo, a la triste noticia responde un canto que exhorta al valor. ¿Acaso no cantaba y enseñaba a cantar el propio Lenin: “¡Marchemos al paso, camaradas!” en la prisión?

Lenin ha muerto. Lo llevan en brazos a la Casa de los Sindicatos y lo depositan allí.

Lo miraban, jóvenes y viejos,

campesinos y obreros...

¡Pero él no lo sabía!

Él, que nos dio los sóviets,

¡Yacía ahora inmóvil en su ataúd!

“¡Pero él no lo sabía!”. Eso es lo mejor de este cuarteto. Es una reflexión del autor: Lenin, que lo sabía todo, no sabía, en ese momento, que habíamos venido a verlo. ¡Eso es la muerte!

Y esto es lo que nos cuentan en prosa sobre el funeral:

“Cerca de la Casa de los Sindicatos, mucha gente lo esperaba. No era así como los burgueses de la ciudad esperaban verlo. Pensaban: vamos a ver llegar al principal gobernante en una carroza dorada, todo será resplandeciente. Pero los obreros reconocieron aún mejor a su amado, a su querido Ilich”.

El niño empieza por distinguir las clases sociales: por un lado, la pequeña burguesía de la ciudad; por otro, los obreros. Se expresa con riqueza y sabor en su lenguaje infantil; dice: “El principal gobernante, una carroza dorada, todo será brillante...”.

Y aquí hay más versos:

Un orador, otro, un tercero, un cuarto,
De diversos países, de diversos estados han hablado...

Y un orador terminó de decir la última palabra:

Y Lenin, sin miedo, se fue a la tumba.

Se encoge el corazón ante la idea de que el propio Ilich Lenin deba ir a la tumba; pero enseguida surge este pensamiento claro y consolador: ¡Lenin no tiene miedo! ¿Y podría ser de otra manera? ¿Acaso quien nunca temió nada en su vida podría temer a la muerte? No hay en esto ningún misticismo. Un joven artista crea la figura del gran líder, sencillamente.

La gente desfila y desfila ante el ataúd rojo. Entre las filas están los niños, los futuros creadores de recuerdos.

Y detrás de nosotros estallaban los sollozos

El grito sonoro y desgarrador de alguien.

Y pasamos, fijando la mirada

en el rostro amarillento que no podemos dejar de mirar.

¡Es la sencillez de la perfección, sobre todo este último verso!

He aquí otro relato en el que el elemento descriptivo prevalece sobre la reflexión política y el lirismo:

“Nos hemos colocado en una de las filas de la Mojovaya y miramos hacia delante. Solo se ven cabezas y, por encima de ellas, banderas. La multitud guarda silencio. Pasa un vendedor ambulante que vende pasteles y grita: “¡Calentitos! ¡Calentitos!” Una mujer delante de nosotros le dice: “¡Vete! No es momento de “pensar en pasteles”. La fila avanza lentamente y, detrás de nosotros, ya hay mucha gente. Todo el mundo está helado. El frío te pellizca las piernas, los brazos, la cara...”.

¿Acaso Shakespeare aprendió de un niño a mezclar lo trágico con lo insignificante, lo grandioso con lo banal? Millones de hombres, bajo un cielo gélido, celebran el funeral de su líder. “¡Calentitos! ¡Pasteles calentitos!” Y esa sencilla réplica que lo dice todo: “¡Vete! ¡No es momento de pensar en pasteles!”

Por fin, nuestro autor se encuentra en la sala:

“Ahí está: sobre una elevación, el ataúd rojo, y él en el ataúd. Uno querría dar la vida por salvarlo. Pero es imposible, la enfermedad se ha llevado lo que le pertenece. Tiene el rostro amarillento, como de cera. La nariz se ha afilado, la expresión del rostro es seria. La perilla es tal como en los retratos, y las manos están extendidas como en un vivo. Va vestido con un *french*¹ verde y lleva en el pecho la orden de la Bandera Roja.”

Siempre la misma seguridad en la mirada, la misma precisión en los términos. ¡Y qué frescura de sentimiento en estas palabras que resuenan en medio de la descripción!: “Uno querría dar la vida por salvarlo”. Un poco más adelante, el texto se ve interrumpido de nuevo por esta exclamación: “¡Ah! ¡Era demasiado pronto, Ilich, demasiado pronto!”. Suena casi como un reproche, ¡pero uno que brota del fondo del alma! Lo mejor, como observación, es, creo, el final del fragmento:

¹ French: especie de chaqueta de oficial, en uso en Rusia desde la guerra. (Nota del T.)

“Todo el mundo baja y sale. Pero los rostros ya no son como eran al entrar: al llegar, la gente tenía un aire de espera e impaciencia; ahora, todos fijan la mirada en el suelo; cada uno se esfuerza por recordar para siempre el rostro de Vladimir Ilich”.

¡Está tan bien dicho, tan bien observado, que uno llega a sospechar que bien podría haberlo escrito un adulto! Pero no, un adulto no escribiría así; al menos yo nunca he leído nada parecido.

“Yacía en su ataúd rojo [cuenta un autor muy joven, más exactamente, una “autora”, para hacer juego con la “redactora”], sonaba la música y su perilla era como la de cuando estaba vivo en su retrato. Cuando vi eso, me eché a llorar”.

Es imposible no llorar al ver la perilla tal y como aparece en el retrato. La pequeña barba de Ilich ocupa, por lo general, un lugar importante en los recuerdos de los niños. Es en la barba donde los niños reconocen la madurez, la virilidad, el espíritu combativo; la de Ilich era muy pequeña, pero tenía una gran importancia porque era *la suya*. Además, tal y como en el retrato. Por lo tanto, los retratos dicen la verdad. Por lo tanto, todo lo demás también es cierto. Tal es el valor del testimonio de la perilla de Lenin. A continuación, la niña escritora cuenta de una manera inimitable cómo se hizo, con sus propios medios, una insignia para llevar en el pecho. Pero la cita nos llevaría demasiado lejos. Quien quiera saber en serio cómo se puede fabricar la insignia de Lenin, cuando no se tiene dinero para comprarla, no tiene más que leer el librito infantil sobre Ilich. En él encontrará toda la información indispensable...

He aquí otros versos, de tono patético, sobre la muerte del gran maestro:

Cuando te llevaban para enterrarte,
Detrás de ti caminaban millones de hombres,
Caminaban y llevaban banderas;
La gente sollozaba, los cañones tronaban,
En las fábricas y talleres resonaban las sirenas;
El mundo entero sabía que habías muerto.

Así fue como enterramos al líder. Las fábricas y las plantas industriales retumbaban, las banderas y los cañones proclamaban la grandeza del difunto, y millones de hombres sollozaban detrás del féretro. “Todo el mundo sabía que habías muerto”. Así te enterramos, Ilich, así te dejamos.

Pero lo más bonito de todo es quizá esa canción fúnebre que cantaba, en un “jardín de infancia”, una niña de cinco años:

¡Has muerto, Ilich!
Un pajarito vino volando,
Y el sol lo calentaba.
¡Has muerto, Ilich!
Y te han enterrado,
Y tus ropas han muerto.
¡Has muerto, Ilich!
Y te quedaste solo,
¡Pobre, pobre Ilich!
Eras bueno,
Te daré mi habitación
Y te quiero.
Volverás a la luz,
Y te tocaremos.

Las ideas aún se dispersan un poco, por sí solas, en la mente de la niña de cinco años: es tan difícil reunir las y retenerlas. Es un pájaro que llega y el sol que lo calienta, pero lo grave es que Ilich ha muerto: lo han enterrado, y su ropa ha muerto, porque la ropa vive

y muere con el hombre. “¡Y te has quedado solo, pobre, pobre Ilich!” Pero ¿es eso tan cierto? Quizás podría darte mi habitación, Ilich, y seguirías a la luz, y podríamos tocarte. ¿Acaso la vida no consiste en tocar y ser tocado? Eso es lo que cantaba la niña sobre Ilich. Hasta ahora, nadie ha cantado mejor que ella. Más tarde vendrán grandes poetas, que releerán el librito de los niños, que reflexionarán profundamente sobre él y cantarán sobre Ilich:

Vladimir Ilich Lenin
Fue, en Rusia, único...

Kislovodsk, 30 de septiembre de 1924

Edicions Internacionals Sedov
Trotsky en internet y en castellano (Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras
Escogidas)

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es